

Mariano Latorre

Ercilla, aventurero de la conquista

El espíritu aventurero.—El espíritu de aventura es una lógica consecuencia de la fe y de la acción, estrechamente unidas en el alma española del Renacimiento.

Guerreros y sacerdotes se compenetraban en este afán de propagar la doctrina de Cristo, no en torneos decorativos o en retóricos sermones, sino mediante la dinámica acción del combate o de la conversión a viva fuerza. A los hábitos del fraile adaptóse con frecuencia el peto de acero como la cruz era el puño mismo de las espadas castellanas. Delante de ellos, inasible y fantástica, desplegábase la hueste musulmana que huía o se alejaba con sus blancos alquiceles y sus armaduras, fulgentes al sol de la llanura. Una inquietud afebrada barnizaba de fiereza los ojos de los soldados o ponía en el gesto de los místicos una decisión inquebrantable. La meseta, en su ilimitada amplitud, hizo posible este corretear de cristianos y moros, durante siglos. La vida castellana fué un móvil campamento. No había llegado aún para España la artesana paz de los villanos en torno al burgo medioeval. El límite de los estados cambiaba según la suerte de los combates y durante muchas generaciones, los castellanos durmieron armados, en espera de la algarada o del ataque repentino de los ágiles jinetes de la Morería.

Iba a nacer, igualmente de esta vida, una literatura heroica que exaltaba la aventura, convirtiéndola en la esencia misma del alma castellana.

Los libros de caballerías, con su alto sentido del honor en

las gentes cultas y los cantares de gesta y los romances que los juglares recitaban por los caminos, en la masa popular.

En el Poema del Cid, el más castellano de los libros de esa época, se expresa ya claramente este sentido de la aventura no por la aventura misma, como en el héroe caballeresco, sino por el logro del botín, por el medro personal. Ruy Díaz arena a los guerreros que lo acompañan y para decidirlos a seguir adelante les observa:

¡Ia, caballeros, decir vos he la verdat.

Quien en un lugar mora siempre, lo suyo puede menguar!

Siglos más adelante cuando empieza la epopeya de América, los conquistadores, legítimos herederos de esos campeadores, van a correr a través de las selvas y llanuras, de ríos y de mares en una inextinguible ansia de más allá. Así Ponce de León, al llegar a la Florida y ver la magia virginal del paisaje que se despliega ante su vista, elevará sus brazos al cielo para decir:

—*Gracias te sean dadas, Señor, que me permites contemplar algo nuevo.*

Y al finalizar la conquista, un poeta sintetizará la heroica grandeza de esta sed de descubrimientos, exclamando:

¡Y si más mundo hubiera, allí llegarán!

España se adelanta a Europa, al crear este formidable tipo racial. Ni el cruzado audaz ni el bucanero ladrón van a unir la acción y la fe en un sentido nacional como el conquistador español. El marino inglés aún navega al amparo de sus costas nebulosas, el germano se agita en turbulentas luchas intestinas, el italiano está subdividido en mil estados rivales, cuando Fernando el Católico, ya ha unificado a Castilla, creando una nueva táctica y haciendo de la llanura entera una formidable fuerza en expectativa.

«Cercada por el Océano y por los Pirineos, dice Oliveira Martins, la Península es un gigante en cuyo pecho hierve la vida; tiene los brazos vigorosos, su cabeza arde en fervor divino y el corazón palpita de ambiciones. Ocho siglos de meditación le revelaron claramente, una fe, que es para ella la verdad eterna. Ocho siglos de guerra, robustecieron sus músculos y le enseñaron el manejo de las armas. Ocho siglos de interna y vigorosa agitación, llenáronla de ambiciones y de una sed abrasadora de dominio, de goce, de imperio. Siéntese fuerte y créese dueño de la verdad».

Providencialmente, a esta fuerza a punto de estallar so-

bre la Europa o sobre el Africa, le depara el destino el Nuevo Mundo. Un límpido día de Octubre, el misterio se desvanece. Un continente de inagotable vitalidad se perfila frente a las proras de las carabelas de Castilla. El escenario estaba preparado y el drama de la conquista iba a comenzar.

La Leyenda del Nuevo Mundo.—El primer mensaje de este Nuevo Mundo no tiene nada de amable. Un mar infinito, del que nada se sabe todavía y en cuya travesía se emplean meses. Hombres cobrizos que tienen extrañas costumbres y ritos ignorados. Islas incontables, ríos como mares, selvas peligrosas e interminables; pero, de pronto, todo lo que podía alejar al hombre de Europa de estas tierras lejanas se borra ante el hallazgo del oro. Este sol helado, prisionero de las piedras, que enciende, sin embargo, mirajes y hazañas en los corazones. Empiezan los primeros descubrimientos y las primeras conquistas. Hernán Cortés y el mágico país de los aztecas; Pizarro y el oro de Atahualpa. Gloria y riqueza esperan al europeo que se decida a atravesar el océano y descubrir nuevas tierras. El hidalgo se hace millonario; el porquero se ennoblece.

Poco a poco, la codicia va creando una América diversa de la real. Una inmensa novela de aventuras donde se realizan los hechos más inverosímiles. El maravilloso *Eldorado*, la ciudad de los Césares, la Casa del Sol. Por la sed de oro muere Atahualpa y se da tormento a Guatimozin. Lo quimérico está mezclado, sin embargo, con lo real. Europa y especialmente España creen que América ha sido descubierta para ellos. La Providencia se la tenía reservada. Ya los capitanes y mercaderes que retornan a España en busca de prebendas y concesiones dan noticias más exactas. América no es, como el Africa, un mundo hostil. Ni como Asia, está poblada por unos hombrecillos de ojos oblicuos que tienden toda clase de asechanzas a los europeos. América es, en cambio, dócil. Aquellos inmensos ríos son fácilmente navegables. Las piraguas de los indios dominan las indómitas corrientes: Las selvas pueden ser cruzadas sin obstáculo y abundan en frutos, cuajados de dulzura. Las altas montañas, coronadas de volcanes, no son infranqueables como se decía. Se abren enormes altiplánices con lagos que semejan mares en miniatura y brota, del granito mismo, el inagotable tesoro de Potosí. Salvo los charruás y araucanos, en menos de un siglo, los indígenas de América sirven a los conquistadores como criados y se mezclan haciendo nacer el mestizaje colonial. Para la pequeña Europa,

el vasto continente americano es una posibilidad inmensa. Aunque las nacionalidades europeas todavía no están perfectamente diseñadas, los sabios y los mercaderes prevén el porvenir. La densidad de una población que va a necesitar un mundo para vaciar el excedente de su vitalidad. Así llegaron noticias a España de este pueblo de feroces guerreros, situado en el extremo de un continente que oponía a los conquistadores una resistencia inesperada, cuando ya la mayoría de las tribus indígenas estaba sometida a los españoles y empezaba la colonización. No existía aun sobre ellos más noticia escrita que las cartas de Valdivia al Emperador Carlos V, donde el conquistador cantaba a la fertilidad de la tierra de Chile y a la belleza de sus ríos y selvas con el fervor de un poeta. Más adelante, ha de perecer a manos de Lautaro y la noticia de su muerte y de todos los castellanos en Tucapel, se extenderá por toda la Península en un largo eco de tragedia, hasta herir la juvenil imaginación de un niño rubio, hijo del Cantábrico, que ya inicia su educación de hidalgo del Renacimiento en la suntuosa Corte de los reyes de Castilla. El está destinado a inmortalizar al pueblo de Arauco y a abrir un ciclo heroico en la literatura castellana.

El paje de la Corte.—La familia de Ercilla es de rancia estirpe viscaína. Su solar, Bermeo, mira al golfo de Vizcaya y hasta un barco que persigue a una ballena figura en el viejo escudo de la villa, fundada por los romanos. Hay, pues, en su origen una semilla de aventura. Como Elcano y Loyola, Ercilla es un vasco embrujado por Castilla, pero sus características raciales no se desmienten ni en su obra ni en su temperamento. Desde luego, un cierto sentido práctico al cual está supeditada su propia imaginación de poeta.

Curiosa similitud hermana a Ercilla con otro poeta vasco del siglo XIV, el ilustre Pedro López de Ayala. La época era diversa. Hay entre el siglo XIV y el XVI la distancia que existe entre el alba y el medio día, pero el alba y el medio día de un mismo clima y lógicamente de una misma región. En medio de las guerras civiles y de las traiciones, el Canciller de Castilla se refugia en la integridad de su ética, aunque sus actos no estén de acuerdo con ella. En los pesados alejandrinos del rimado de Palacio late la austera calidad moral de un hombre de Castilla, como en las octavas finales de la Araucana. López de Ayala vive en un período de corrupción y de

liviandad y Ercilla en la época más alta a que llegó el genio español.

La familia de Ercilla goza de especiales influencias en la Corte de Castilla. El pequeño Alonso puede de este modo empezar su carrera cortesana desde los catorce años en calidad de paje del Príncipe Felipe. Iniciación palaciega muy poco de acuerdo con su temperamento y que el destino se va a encargar de torcer hacia su verdadera orientación. Su vida no nos suministra hechos reales que pongan de manifiesto la transición del paje rubicundo que acompaña a Inglaterra a Felipe y su epopeya de conquistador de América.

Tales contrastes son típicos del Renacimiento, sin embargo. Un valeroso guerrero del siglo XVI ha de escribir lloronas quejas pastoriles como el elegante paje del Rey-Príncipe férreos versos de guerra. España, no absorberá sino en mínima parte el paganismo Renacentista. En cambio, hará suyo el sentido individual que da a la personalidad humana su valor más alto.

Embarcados en una galera, al compás de los pesados remos y aferradas las velas en los mástiles, llegan los pajes a Inglaterra. El lujoso séquito que Felipe ha llevado a Londres se aburre en la frialdad ceremoniosa de la corte inglesa. La mayoría no poseen el inglés y murmuran y comentan los sucesos de Palacio. Irrítanse ante la altivez de los señores ingleses que miran al futuro emperador como a un simple príncipe consorte. Coméntase la grotesca pasión de María Tudor ya vieja y arrugada, por el bello Rey Príncipe, que realza sus cabellos rubios y su tez rosada con trajes donde brilla el oro de los brocados y el primor de ricos sobrepuestos. Y además el clima — aquellas damas y caballeros de la soleada España tiritaban de frío, a pesar de sus mantas abrigadoras y del carbón de las minas inglesas, chorreando fuego en las monumentales chimeneas del castillo de Windsor.

¿Ha contribuido a la decisión de Ercilla el aburrimiento en la nebulosa Londres o un amor desgraciado, según la interpretación de don José Toribio Medina? ¿Es que ya la leyenda de la conquista ha echado raíces en su imaginación y la fiebre aventurera se despierta en su sangre de hombre del Renacimiento?

Alderete y Ercilla.—Una mañana, la noticia corretea con bulliciosa celeridad entre damiselas y pajes, caballeros y matronas del séquito español. Una galeaza acaba de fondear en

el Támesis. Jerónimo de Alderete, el compañero de Pedro de Valdivia, ha llegado a Londres para entrevistarse con Felipe y seguir después al Reino de Chile, donde unos bárbaros pertinaces han derrotado al Capitán de Flandes, el único de los conquistadores que poseía conocimientos científicos sobre la guerra. Al veterano de las guerras de Arauco lo escuchaban todos con asombro y perplejidad. Y más que todos, el rubio y espigado paje de Bermeo. De la fabla concreta del guerrero fluyen otras cosas, además de los hechos de guerra. Un país de maravilloso clima. Lagos dormidos en torno a una cintura de bosques centenarios. Valles donde brotan, con prodigiosa fertilidad, las frutas de Europa. Ríos en cuyas arenas brilla el oro, al sol del medio día. Y un pueblo bronceado y tenaz, que ha aprendido el arte de guerrear de los conquistadores y pelea hasta morir. Los ojos azules del paje se tornan de acero al oír estas palabras entusiastas y su corazón se cierra férreamente, cuando las curtidas manos de Alderete, en un amplio gesto, trazan la curva mortal del espadón cayendo sobre los haces de indios que rodean su corcel de guerra.

La amistad de Ercilla y de Alderete se hace íntima. Los últimos escrúpulos del joven se desvanecen. Su madre, sus hermanas, el amor, el servicio del monarca y el porvenir que le espera en la Corte, nada significan ante la prodigiosa aventura que va a correr; al amparo del veterano de las guerras de Arauco.

Más tarde ha de recordar en sus versos su estado de ánimo en el momento de decidirse:

*Quien muchas tierras ve, ve muchas cosas
que las juzga por fábula la gente.*

O bien:

*Yo, que fuí siempre amigo e inclinado
a inquirir y saber lo no sabido.*

Obtenida la licencia de Felipe, se embarca Ercilla ese mismo año con Jerónimo de Alderete para América, en San Lúcar de Barrameda.

Hacia las Indias.—El viaje de Ercilla a América está lleno de contrariedades y peripecias. La carabela en que va es sorprendida por vientos contrarios a la salida de España y

vuelve a reponer sus averías. Al llegar a Panamá, donde la espera el resto de la escuadrilla, Jerónimo de Alderete enferma de tercianas y muere en Taboga, isla frontera al Continente, en la costa del Pacífico.

La pérdida de su protector, *hombre en estas provincias señalado y en gran figura y crédito tenido*, según su propio decir, es para Ercilla un contratiempo sin solución. El combatir al lado de Alderete, conocedor de Arauco y los Araucanos, pudo ser de un gran provecho para Ercilla y posiblemente habría sido su experiencia de Chile y de Arauco más honda si cabe. Lo salvan, en esas circunstancias, su calidad de hidalgo y el favor de que Ercilla goza cerca de Felipe II. Con el Virrey Hurtado de Mendoza continúa al Perú y después de algunos meses de permanencia en Lima, nombrado ya don García Gobernador de Chile, la escuadrilla leva anclas en el Callao con rumbo a la costa chilena.

Los pesados galeones, llenos de soldados y pertrechos de guerra, las carabelas ligeras y movedizas, navegan a la vista del litoral. El sur, arremolinado y variable, se opone a los inseguros bajajes como si fuera un aliado de los indios. Este helado viento del polo, tan indomable y potente como un Lautaro o un Caupolicán. Aún el piloto Juan Fernández no lo ha vencido, saliendo mar afuera. A veces, cuelgan las enormes velas con sus rojas cruces simbólicas. Los soldados se aburren en los estrechos castillos. Don Alonso de Ercilla va enfermo. Es uno de los pocos que aprovechan los servicios del físico de a bordo y de sus ungüentos y potingues primitivos.

La escuadra fondea en Arica, el puerto de Potosí. Avistan más tarde, el valle de Copiapó y hacen escala en Coquimbo, el puerto de la Serena. Ya está don García en íntima relación con el Chile indisciplinado. El Araucano indómito parece haber comunicado a los conquistadores mismos su fermento de rebeldía. Diplomáticamente, don García se desentiende de los soldados que han hecho la campaña de Arauco y en su gesto de gran señor hay como el designio de iniciar una nueva época. Borrar el pasado y crear un Chile diverso, con hombres diversos y un diverso sentido del Gobierno Colonial. Prescindirá de este modo de Santiago, a cuyos oidores y encomenderos no tomará en cuenta, dejándolos con un palmo de narices en la playa de Valparaíso, mientras galeones y carabelas continúan al sur, fantásticamente dibujados en la trama rosa de una mañana del mes de Junio.

Reservado y sereno, tendrá don Alonso de Ercilla el primer contacto con las intrigas y mezquindades del Nuevo Mundo. Desde la borda de la nave en la cual navega, fondeada en la bahía de Coquimbo, verá acercarse en un tosco batel al viejo soldado de la América Austral, a don Francisco de Aguirre. De los galeones, con una estridencia metálica, sonará la trompeta en honor del veterano, del pasado del veterano. Don García ha dispuesto ya de su presente, a pesar de que Aguirre en un gesto de servil acatamiento, lleva las riendas del caballo del nuevo gobernador a la misa solemne que en su honor se celebra en el pueblo de la Serena. Bastará, sin embargo, un pequeño desaire para que la vanidad de Aguirre se despierte iracunda. En el Te Deum Aguirre no ocupa un puesto prominente. Por lo menos, el puesto que él cree merecer. Se levanta airado y sale hacia la plaza. Así habla al piquete de soldados que le acompaña:

—Amigos míos, si como sois veinte, fueráis cincuenta yo revolvería hoy el ható.

Es encarcelado poco después como su antiguo competidor y tocayo Francisco de Villagra. Sus ambiciones de mando y de poder van a enfriarse en un calabozo de la cárcel de Lima.

A estos actos de una autoridad algo vehemente, aplica Ercilla toda la justeza de su equilibrio de vascongado. Su ensueño juvenil va adquiriendo, a medida que penetra en la realidad americana, una grave ponderación de juicio. Sabe, ahora, que dentro del soldado más valiente hay un mercader; dentro del héroe, un ambicioso sin escrúpulos.

La escuadra ha salido de la Serena en pleno mes de Junio. Mes de nieblas y temporales. El Norte sopla sin amainar. Grandes nubes oscuras cierran el horizonte. Olas enormes, del mismo color, zarandean carabelas y galeones. Azotan sus frágiles costados. Un golpe de viento troncha la escota de una vela de la nave capitana. Sin gobierno está el galeón a punto de perecer, pero el destino tiene en sus manos invisibles la vida de Ercilla y su gloria futura.

Al soltarse la vela, se engarfa en un diente del áncora de proa. Queda así fijada, con su gran cruz en el seno hinchado de Norte. El timón logra aproarla en dirección del vendaval.

En ese instante, el negro horizonte se aclara. Amaina el Norte. Los espesos montones de niebla se desgarran en flotantes fragmentos. Se abren en la móvil blancura enormes cavernas. En una de ellas, se dibuja en negro, hacia la costa,

el morro de Penco. El mar se ha tranquilizado. La escuadra echa el áncora en las cercanías de la isla de Quiriquina, en la boca de la bahía de Talcahuano. Oyese la resaca como un sordo acompañamiento a lo lejos.

La costa de Penco.—Desde a bordo, mira Ercilla el panorama del Sur de Chile. A medida que las nieblas se corren en la playa viva de la rada se dibuja una franja de cerros, que se viste de negros bosques.

La isla es otro borrón obscuro en la aparente tranquilidad de la neblina. De pronto, la tierra parece moverse, como una ola terrosa que se precipitara sobre los fluctuantes bajeles. Un veterano le explica. Son los indios que llegan hasta la playa para ver las naves. Pero el espectáculo no dura mucho. Las nieblas vuelven a correr sus blancos cortinajes y todo se borra de improvisó. Comienza a caer copiosamente la lluvia.

A pesar de eso, la tropa desembarca. Con ella bajan cañones y arcabuces. Algunos caballos, los que han venido a bordo. Los indios se han ido al otro extremo de la isla o a Tumbes. Los españoles ocupan sus rucas abandonadas. Nada ha quedado en ellas. Un viejo telar. Alguna rota vasija de greda. Teatralmente, sin embargo, don García ha hecho que la artillería gruesa empiece sus salvas. Es el procedimiento para amedrentar a los indígenas. Guarecidos en cuevas, oyen los isleños de Quiriquina, y más lejos en las orillas del Bío-Bío, los araucanos, *la tralca* retumbante que les anuncia una era de exterminio y de muerte.

Un día,—un sol pálido se asoma por entre las nieblas heladas,—en una balsa primitiva, llega el indio Millalauco a la isla. Trae un mensaje de Caupolicán. Sus ojos vivos observan todos los detalles. Se detienen sobre el oro bronceado de los cañones. Sobre los barbudos soldados que lo rodean, apoyados en sus lanzas. Su mensaje es de paz, pero los españoles conocen ya las tretas de los indios. Los cañones continúan vomitando pólvora y en la oquedad de la bahía, *la tralca* implacable sigue amenazando, con ruidos coléricos. Es quizás el primer araucano que Ercilla conoce de cerca. Mensajero del hosco Dios de las selvas sublevadas. El enigma se diseña sobre la negra frente de los cerros, casi borrados en el horizonte, pero los aventureros no van a retroceder por eso.

Un día, un grupo de soldados, elegidos por el propio don García, desembarca en el Continente. Va a iniciarse la construcción de un fuerte. Ercilla está entre ellos. Ercilla vibra de

entusiasmo. Son los mejores hombres del pequeño ejército los seleccionados. Comenta con orgullo:

*Yo con ellos también que vez ninguna
dejé de dar un tiento a la fortuna.*

Con ardoroso empeño, la pequeña tropa abre fosos en la tierra húmeda y levanta palizadas con los árboles del bosque. El invierno ha llegado a su límite. Aun caen fuertes chubascos, pero la primavera austral, con la frescura de su verde alfombra, sonríe en los collanes esbeltos y aterciopela la llana extensión de los budis ribereños. Va a empezar para Ercilla la parte más ardua de su aventura americana.

El prólogo del poema ya está cuajado. Los capitanes veteranos le han suministrado la materia. Lautaro está vivo en las octavas rígidas, disciplinadas como una compañía de arcabuceros, que se entrecruzan en pedazos de cueros gastados y en viejos fragmentos de pergaminos.

Bajo la tienda movida por el viento costero, a la luz humeante de los hachones y de las hogueras o bajo el interminable rumor de los bosques reverdecidos, comienzan a alinearse estos endecasílabos, donde va poniendo Ercilla la porción más noble e incorruptible de su espíritu. Debíó sentirlo este rumor de bosques, este azulear de cielo, pero no lo vió o no quiso dejar de ello constancia. Los rasgos con que sitúa los hechos de Arauco pueden convenir a cualquier paisaje austral de la tierra. Y era en esto un genuino hombre del Renacimiento. Sólo le interesaba el hecho humano, es decir, el heroísmo de los indios y la audacia de sus contendores castellanos, tiñendo a aquéllos, es claro, con la psicología caballeresca de los conquistadores.

No es agradable la vida de los españoles en el fuerte. Escasean los víveres. Sólo un bizcocho reblandecido por la humedad es el alimento que los sostiene como si estuvieran en alta mar. Don García no cree prudente iniciar la campaña hasta que lleguen los caballos del centro de Chile. Son los araucanos los que vienen a su encuentro inesperadamente. Siéntese una mañana el chivateo ensordecedor sobre los cerros de la costa y luego el torrente de indios, erizado de lanzas, que se precipita falda abajo al asalto del fuerte.

Retumban los cañones en la clara mañana de Agosto; sucédense los estampidos de los arcabuces. Caen los indios,

abriendo los brazos y los fosos se llenan de cobrizos cadáveres y de plumas rojas y arreos de combate. Silba en el aire la piedra arrojada por las hondas y los lazos, arma nueva de los indios, convertidos en jinetes, describen largos círculos en busca del guerrero, fijo en el borde del foso, con su espada mortífera o su lanza incansable.

Describe Ercilla el asalto al fuerte de Penco con vivas pinceladas, con enérgicos toques. Es un bautismo de sangre. Quizá, la mejor descripción de una batalla que hay en *La Araucana*.

Gracolano es el héroe del combate. Simboliza toda la fuerza guerrera de Arauco. Con sus manos ha arrebatado la lanza de un conquistador, la que estaba destinada a atravesarlo, pero dos tiros de arcabuz quiebran su gesto homérico y lo doblan sobre el foso. Una octava inmortaliza la hazaña.

Esa misma noche, oye Ercilla, que está de guardia, la dolorida voz de Tegalda que busca entre los muertos y heridos a su amante. La fibra delicada del poeta se ha abierto como una flor, junto a su ímpetu guerrero. Podrá decirse que la enamorada india tiene más de una dama española del siglo XVI que de araucana y que su femenina ternura, es más hija del alma del poeta que de la realidad. No importa. El hecho nos revela un aspecto del espíritu de Ercilla. El soldado o el aventurero no han muerto en él al poeta. Hay, en su naturaleza, un fondo de bonhomía, de piedad generosa que seguramente tiene su raíz en la sangre vasca que circula por sus venas.

En el corazón de Arauco. — Esta caballeridad piadosa, que hace a Ercilla tan distinto de la mayoría de los conquistadores de América y que sólo se repite en sacerdotes como Las Casas o Luis de Valdivia, no va a desmentirse a lo largo de toda la campaña de Arauco. No parece guiarlo ningún deseo de lucro. Ni siquiera piensa quedarse en Chile y cobrarse en almas y tierras de sus servicios militares. Algo más hondo lo guía. El espíritu aventurero se ha hecho en él poesía, como en Cervantes, novela. La acción y la fé no van a resolverse en ambición de poder sino en realidades artísticas.

Así se explica su petición de perdonar la vida a Galvarino, mutilado en la batalla de Millarapue y hecho prisionero de nuevo en otro combate y el lamentar su ausencia de Arauco cuando Reinoso empala a Caupolicán.

*Que si yo a la sazón allí estuviera
la cruda ejecución se suspendiera.*

Con la hueste vencedora penetra Ercilla al corazón de Arauco. En toda la campaña toma parte y su fama de soldado es proverbial. Encuéntrase en la fundación de Cañete, al pié de la cordillera de Nahuelbuta. Traspasa la prodigiosa selva frente a Purén, sigue a la Imperial y se acerca a la región de los lagos, al pié de los nevados volcanes que se dibujan en el horizonte. Las octavas continúan germinando con la exuberancia de los bosques que él atraviesa a filo de machete. La figura de Caupolicán con su caballo blanco y su capa de grana, va adquiriendo en esta parte de su poema proporciones grandiosas. Su valor, su fuerza, la tragedia de su muerte tienen un relieve ciclópeo. Se resume en él toda la primaria rebeldía de este pueblo que resiste ciegamente al imperio más grande de la tierra. Los araucanos, hoscos y crueles contrastan, sin embargo, con este paisaje suave y casi idílico.

En los buenos días, sobre un azul de impecable suavidad, se dibuja la ceja del Nahuelbuta, con su rumoroso encaje de robles y laureles. En lo alto, se abren los brazos de los peñones. En las umbrías, los copihues rayan las sombras como rojos relámpagos de sangre. En el verdor de los prados, sobre la densa alfombra del pasto, se cuaja de fresco almíbar la carne rosada de las frutillas. En las quebradas, corren aguas de cristal tan puro que se confunden con el aire mismo; pero en Ercilla el guerrero había embotado momentáneamente todo lo que fuese decoración superflua e idílica visión de la naturaleza.

La Araucana, en este sentido, es una inmensa agua fuerte donde la suavidad no tiene cabida. En el claro oscuro, perfilanse puntas de lanzas y brillo de espadas y corazas. La dulzura del paisaje araucano, bañado de luminoso azul, se ha fundido en la hosca negrura que tiñe de muerte la atmósfera del cuadro.

Chiloé, el país verde y azul. — Don Alonso ha dejado el teatro de la guerra. Por la costa, camina hacia el sur, guiado por un indio cunco.

Los expedicionarios deben abrirse paso a filo de machete a través de la maraña de la selva inhollada. Inmensos se elevan hacia el cielo los fustes de robles y laureles. Por la verde transparencia de los boscajes apenas se filtra la luz del día.

Espesos amontonamientos de quilas obstruyen los huecos entre tronco y tronco. Boquis espesos cuelgan de los brazos robustos de los árboles. La lluvia tamborilea sobre esta bóveda de ramas y luego se precipitan raudales de agua hacia el seno de la selva. Enrédanse los caballos en las raíces, resbalan en la pegajosa greda de los lodazales. Los aventureros no se detienen. No hay enemigos emboscados, pero quieren saber cual es el término de esta soledad rumorosa. ¿Asomará el borde del continente de un momento a otro? ¿Qué nueva maravilla les ha reservado el destino, tras de esos árboles iguales, que sólo interrumpen los correntosos caminos de los ríos o la negra hondura de las quebradas? ¿Es el estrecho de Magallanes el que los espera?

Una tarde, la selva empieza a ralea. Casi sin obstáculos el terreno va bajando como si fuese la falda de una gigantesca montaña. Los troncos están cada vez más espaciados. De pronto, alguien ha lanzado un grito de sorpresa. Todos los castellanos se han ido reuniendo junto al primero. Una inmensa sábana de agua quieta azulea entre los árboles de la ribera. Del seno de este espejo dormido, surgen las manchas verdes de unos islotes. Verde y azul es el color de la nueva tierra descubierta. Como pequeños troncos oscuros que fluctúan en una correntada, cruzan de una isla a otra los bongos de los indios. Uno de ellos se acerca rápidamente a su encuentro, sin miedo alguno. Caen los españoles de rodillas y dan gracias a Dios. Para el Rey y para Dios, naturalmente para ellos, será la primicia del país verde y azul, surgido de en medio del mar. Y como es lógico, la gente que lo habita.

Don Alonso, con diez de sus compañeros, toma uno de estos bongos (el pequeño barco deslastrado de la estrofa), cruza el canal de Chacao y llega hasta la Isla grande de Chiloé.

Los huiliches que así se llaman estos indios, son muy diversos a los araucanos. Van vestidos con una túnica y un gorro de pintorescos colores cubre sus cabezas. Sonríen y obedecen solícitos a estos hombres nuevos. Como niños asustadizos, corren a ocultarse en los bosques cuando oyen el estampido de los arcabuces y no dejan de lanzar gritos de asombro al ver maniobrar los caballos, manejados por sus jinetes. Generosos, ofrecen lo que tienen. Los mariscos de los canales. Las rojas centollas. Las machas sabrosas. Quizá el curanto a la orilla de la playa.

Estos isleños suaves y sufridos serán, desde entonces, sus

aliados más fieles. Lucharán siglos más tarde contra sus propios hermanos en los Ejércitos del Rey. A regañadientes, dejarán de obedecer al monarca lejano, que vive más allá del mar, a principios del siglo XIX.

La expedición vuelve al Imperial sin los obstáculos de la ida. Guías expertos los han llevado por el valle central. Don García funda Osorno. Cuando llegan a Imperial la guerra no ha terminado aún.

Don Alonso, *armado de paciencia y duro hierro*, como él explica, pelea en la sangrienta batalla de Quiapo. Dos mil indios han perecido en ella, según su testimonio. Más de treinta españoles. Se han recuperado cinco de los cañones de bronce, perdidos por Villagra en la cuesta de Mariguño.

Algún tiempo después, don Alonso de Ercilla es protagonista de su más peligrosa aventura en la tierra Araucana. Por sobrado conocido no contaré el episodio en que el poeta estuvo a punto de ser ahorcado y en que nace un resentimiento eterno para don García Hurtado de Mendoza, *el mozo capitán acelerado*, como él lo califica.

*El agravio más fresco cada día
me estimulaba siempre y me roía,*

comenta Ercilla con la concreta severidad de su lenguaje.

Se embarca directamente para el Callao. No conoció, pues Ercilla el centro de Chile. No lleva oro ni ambiciones. Lleva gloria, en pedazos de pergaminos y de cueros que va a reconstruir pacientemente en España.

En Lima, el Virrey lo recibe friamente. Sigue entonces a Panamá. Tres años se demora en Tierra Firme curándose de *una enfermedad larga y extraña*. A mediados de 1563 arriba a Sevilla. Poco después a Madrid.

Ercilla, hombre del Renacimiento.—Aun no ha terminado su vida andariega, al restablecerse en la Península; pero el objeto del presente ensayo se limita exclusivamente a sus aventuras americanas.

En España le esperan honores y desvíos. Felipe II lo ha premiado con el hábito de Santiago. El Duque de Lerma lo arma caballero en el aniversario de la batalla de Millarapue. El amor pone un paréntesis de paz en la agitación de su vida.

Pero como él dice

*Jamás próspero tiempo fué durable,
ni dejó de durar el miserable.*

Un hijo suyo de veinte años ha muerto ahogado en el mar del Norte. Ha perdido repentinamente el favor de Felipe II y el poeta se ha aislado en su casa de Madrid. Dícese que en la corte miran con desdén a un caballero de Santiago que presta ducados con buenos intereses. La vida del poeta es opulenta, rodeada de comodidades y en ésto la historia está en contradicción con lo que Ercilla asegura en las últimas octavas de la Araucana.

Como en su paisano López de Ayala y como en casi todos los españoles del siglo XVI, hay en Ercilla dos hombres perfectamente ensamblados. Un idealista, de recia complexión moral y un hombre práctico que no descuida un punto su provecho personal, sacando partido hasta de sus propias desgracias y reveses.

Así López de Ayala que llega pobre de su tierra alavesa y en medio de las discordias del siglo XIV acumula señoríos, tenencias y buena cantidad de sonantes doblas. Así Ercilla, alejado de la corte, sacando a la dote de su mujer y a la herencia de su hermana, pingües beneficios.

Sea como sea, miserable u opulento, héroe o prestamista, al llegar a la madurez de su vida, se despierta en Ercilla un grave espíritu filosófico. El idealista predomina esta vez sobre el aventurero. No se deshace, en la soledad de su destierro, en llorosas quejas. Junto al estrépito de las batallas, a los heroicos hechos de los cuales fué actor, deslízanse sentencias pesimistas sobre la brevedad de la vida y la inutilidad del esfuerzo humano ante la muerte.

*Bien descuidado duerme cada uno
de la cercana, inexorable muerte;
cierta señal que cerca de ella estamos
cuando más apartados nos juzgamos.*

Y en ésto, vuelvo a repetirlo, Ercilla es un típico representante de su época y del alma castellana. Desde Séneca a Cervantes, este fondo de austeridad moral forma el lastre humano que dignifica un período, a pesar de sus errores y salva a una literatura, a pesar de sus convencionalismos.